

CAPITULO VI.

FILOSOFÍA CRISTIANA.

I.

Estado moral é intelectual del mundo.

Aquella época en que el mundo variaba en su modo de ser no puede estudiarse sólo bajo el punto de vista científico. La revolución era principalmente moral: se hacía dentro del individuo.

Así todas estas doctrinas se referían más bien, como se ve, á la imaginación que á la inteligencia; el pueblo no las comprendía bien y tomaba de ellas la parte más grosera; naciendo así aquellas creencias ridículas, aquellas locuras, aquellos extravíos que hoy nos parecen un sueño, y que fueron realmente delirios y pesadillas fundadas en todas las creencias místicas y supersticiosas que se habían predicado en el mundo antiguo.

A este desórden intelectual correspondió otro moral: por eso en esta época abundan, como hemos indicado ya, más que en ninguna otra esas enfermedades mentales y morales propias de los tiempos en que duda la conciencia, en que domina el terror, en que

la mano de la providencia transforma, no ya las naciones, sino el ser íntimo del hombre; enfermedades que retoñaron despues en Europa, donde fueron alguna vez explotadas con fruto por el fanatismo ó por el crimen.

« El cristianismo — hemos dicho en otra parte—en sus primeros dias tuvo mucho de secta mística, fantástica y misteriosa: vivió como todas las asociaciones secretas y perseguidas con los atractivos que para la imaginación tienen las iniciaciones, las ceremonias, los simbolos y los misterios, justificando el nombre de religion fantástica con que la distinguieron los alejandrinos.

« Estos en general, y especialmente los gnósticos, tomaron del cristianismo la parte misteriosa, y sobre ella fundaron su doctrina, ayudando así poderosamente á las alucinaciones, los éxtasis, las previsions y prodigios que, como toda enfermedad moral, son mucho más contagiosos que las enfermedades corporales. Por esta razon las mujeres, sobre todo las que habían recibido la educación griega, tuvieron entre los alejandrinos una poderosa influencia y extremaron las opiniones y la lucha desde las dignidades sacerdotales y las cátedras de filosofía. La historia conserva los nombres de muchas de esas mujeres, algunas de las cuales descendieron de la cátedra del paganismo para subir al altar del martirio.

« Por otra parte, la semilla del Evangelio producía en las almas efectos muy distintos. Había creyentes inconscientes que, sin *saber* la doctrina, se dejaban arrastrar por una especie de delirio, por algo oculto que les seducía; sectarios ilusos « deslumbrados ó fascinados por la nueva verdad; cuyo alcance vislumbraban sin comprenderlo; » cristianos que eran « como mulos atados á la puerta de una iglesia » y que se sacrificaban al solo nombre del Maestro con una fe ciega é incomprensible; alucinaciones y arrobamientos producidos por la adoración á Aquel que era todo amor; relámpagos de fe; conversiones instantáneas; contagios imprevistos ante los mártires; terrores íntimos en el seno de las familias y en los cariños más profundos al contemplar la propagación de la nueva doctrina, que arrebató los parientes y los amigos, que rompió los más sagrados vínculos, y separaba en el tormento, en los calabozos y en el patíbulo á los padres de los hijos,

« Todo esto, unido al efecto necesario de aquel continuo espectáculo de víctimas, de tormentos y de sangre; á la distinta pero siempre prodigiosa impresión que causaban la incomprensible abnegación y las contestaciones de los mártires, había de engendrar por necesidad el asombro, el terror, la desesperación, el deseo de venganza en unos,

la duda en otros, la exacerbación de todas las pasiones, un estado febril, una sociedad calenturienta, un pueblo de poseídos, de endemoniados, de víctimas y de verdugos.

« ¿Quién será capaz de describir el efecto de la palabra cristiana que cayó en la sociedad como la pequeña simiente que se deposita en la tierra, y que adquiriendo fuerza y desarrollo rompe su cárcel, separa las piedras, abre y conmueve el terreno y cambia en breve espacio la faz del suelo, extendiendo en secreto sus ocultas raíces? ¿Quién podrá pintar aquella conmoción, aquella agonía, que justificó la frase lanzada en las orgias y bacanales de las fiestas paganas, de que el mundo estaba loco? »

« Cuantos esfuerzos se han hecho para conseguirlo, desde la suposición de la locura de la cruz hasta las perturbaciones nerviosas á que han acudido los materialistas modernos, no han podido dar todavía á conocer aquel estado de fermentación de una sociedad que acababa para siempre, declarándose impotente con toda su grandiosa fuerza ante la sencilla palabra de un hombre muerto hacía mucho tiempo en el suplicio más ignominioso, y en el lejano rincón de un pueblo despreciado. »

II. Escollo fundamental de la filosofía oriental y de los griegos. — Progreso introducido por el cristianismo.

El cristianismo se vió precisado á luchar desde el primer momento con todos los obstáculos que le presentaba el refinamiento del mundo antiguo : con la ciencia y el arte, con la filosofía y las costumbres, con el poder de los Césares y con la persecucion del pueblo. No tuvo una escuela verdaderamente filosófica en los primeros tiempos. La creencia, la adoracion y el peligro constante ocupaban suficientemente al cristiano para que le dieran lugar á discutir filosóficamente. El cristianismo presentó y dió la batalla con la fe, y aseguró el triunfo con la razon y la filosofía ; con aquella filosofía sublime que se desprende de todas sus maximas. Veamos cuales eran sus principios.

La filosofía antigua no había podido descubrir la relación que une á Dios y al hombre, y de esta ignorancia provinieron casi todos sus errores. Lo infinito y lo finito, lo absoluto y lo contingente, lo eterno y lo humano eran en ella términos contradictorios que se repugnaban siempre.

El Oriente tiene, á pesar de la diversidad de doctrinas de sus grandes pueblos,

un carácter comun, una propensión constante á la unidad, y como consecuencia al estacionamiento, que manifiesta en la ciencia por su union indisoluble con la religion, en filosofía por el panteísmo, en la vida social por las castas, y en política por el absolutismo.

Grecia protestó contra este cúmulo de tiranías, y estableció en religion y en política, en ciencias y en artes, la anarquía. Al quietismo substituyó el desbordamiento, el vértigo de la actividad ; al silencio tenebroso del templo, la verbosidad ; á la sombría concepcion del *todo*, la luz que penetra en todas partes y aísla los objetos y las ideas ; la repulsion, el individualismo que destruye los vínculos y rompe los sistemas.

El Oriente, conteniendo tal vez los gérmenes de toda la civilizacion posible, sofoca el progreso con el panteísmo, mientras Grecia le impulsa primero y le detiene despues con el extravío de todos sus elementos : allí la inmutable roca, y aquí la disgregada arena ; allí la concentracion, aquí la radiacion ; allí la unidad total, aquí el atomismo ; allí Brahma, aquí la mitología. Ninguno de estos elementos puede ser base del progreso.

Uno y otro extremo desaparecen ante el cristianismo que establece el principio dinámico, el movimiento en la idea, en el sér, en la doctrina, que crea, no el exagerado in-

individualismo, sino la personalidad completa, inteligente, activa, responsable, que hace según una bella frase, bajar á Dios del cielo y subir al hombre desde la tierra, que concibe la relación espiritual y la ley física sin más vínculo que la subordinación necesaria de causa y efecto, principio único de la ciencia.

El panteísmo asiático, absorbiendo en la unidad tenebrosa de Dios al mundo y al hombre, negaba á éste la personalidad, y al mundo la existencia individual con sus caracteres físicos. Grecia predicó el individualismo que podía prescindir de Dios, y llegó á negar su existencia; y en cuanto á los panteístas griegos, se diferenciaron de los orientales en que ponían el universo y la materia sobre Dios; no confundían, como el Asia, el mundo en el seno de Dios, sino á Dios en el seno del universo, haciéndole muchas veces parte del mismo universo. La filosofía alejandrina ideó un misticismo ineficaz en que Dios y el mundo y Dios y el hombre estaban unidos por una serie de ángeles ó demonios ó por una porción de influencias mágicas y supersticiosas. No se había conseguido, pues, dar á Dios el atributo de infinito sino deprimiendo y achicando al hombre; no se había sabido elevar y libertar al hombre sino deprimiendo y achicando la idea de Dios.

El cristianismo vino á fijar esta relación simbolizada en el Hombre-Dios, que es el principio filosófico más grande, más fecundo que ha conocido la historia; la idea más sublime de toda la filosofía; el fundamento indestructible de todas las creencias modernas y la base de una nueva ciencia cuyo progreso puede llamarse infinito.

Bajo este punto de vista, la encarnación, examinada á la luz de la historia por los filósofos modernos, es el principio de la ciencia y de la personalidad humana.

La libertad moral é intelectual quedó establecida con el cristianismo, y entonces comenzó la lucha con los hombres, hasta que una nueva revolución nos dió la personalidad en la sociedad.

La ciencia asiática, la egipcia, la persa, pudieron vivir en el secreto del templo y como auxiliares del despotismo; pero propagadas al pueblo, convertidas en ciencia individual, en precepto a que seguía la convicción y la práctica, sólo dieron de sí una sociedad de extraviados. Hé aquí la piedra de toque de las doctrinas; hé aquí el secreto del instinto de conservación, que ha aconsejado á los magos y á los sacerdotes de tan diversas religiones la iniciación en los misterios, para evitar la difusión de sus creencias.

No hay que temer la opinión pública en

materia científica; no hay que temer el extravío, ni la influencia del error; lo que hay que temer es que una doctrina no pueda resistir el juicio individual. Bajo este punto de vista, nuestra ciencia, fundada en la verdad, esta asegurada: éste es el progreso; no haya limite al exámen de lo que el hombre debe creer. Asia, Egipto y Grecia no pudieron resistir este exámen, y murieron para siempre. Desgraciadamente, la leccion no se aprovechó lo bastante; y todavía por algunos siglos la ciencia se rodeó de vanos oropeles, de falsos esplendores y de ridiculos misterios, pretendiendo cegar con ellos al osado que quisiera examinarla.

Pero aquí comienza un nuevo estudio y termina el que nos habíamos propuesto hacer.

Tal vez en otro libro describamos este cuadro.

FIN

INDICE

Prólogo. III

CAPITULO I.

ASIA Y AFRICA.

- I. — El sentimiento de la naturaleza en los pueblos antiguos y modernos. — Panteísmo oriental. — La religion y la ciencia. — Su necesaria union. 7
- II. — INDIA. — Doctrina de Brahma. — Emanaciones. — Metempsicosis. — Su carácter moral. — Astronomía india. — Génesis segun las Vedas. — Budismo. 14
- III. — CHINA. — Filosofia china. — Carácter de la ciencia. — Su ineficacia en el progreso. 24
- IV. — PERSIA Y CALDEA. — Ciencias persas. — Zoroastro. — Astronomía caldea. — Astrología. 28
- V. — EGIPTO. — Carácter de este pueblo. — Sus creencias. 34